

# LA CRISIS DEL CAPITAL

PABLO C. RUIZ

*«¡Capital, tierra, trabajo! Pero el capital no es ninguna cosa, sino una determinada relación social de producción, perteneciente a una determinada formación social histórica, relación que se representa en una cosa le presta un carácter social específico».*

**Karl Marx, El Capital**

*«Economics is the formula of an inverted world».*

**Werner Bonefeld**

5. Sobre este asunto, tal vez las Formaciones sean el intento teórico más avanzado de Marx.

Desde que el régimen del dinero se impusiera a sangre y fuego, el carácter cíclico de la producción capitalista y sus crisis han marcado, de forma abrupta, el devenir de la historia de la lucha de clases. Si bien ni Marx ni el marxismo se ocuparon jamás de descifrar los entresijos de las economías premodernas, —al menos con el compromiso que sí marcó el estudio del capitalismo<sup>5</sup>—, sabemos que lo que conocemos como crisis, un cúmulo de circunstancias que detienen la acumulación de la clase dominante, pasó de tener un carácter exógeno a las lógicas propias del sistema, a ser un resultado *necesario* de la reproducción social. No obstante, esto no nos puede llevar a concluir que las deficiencias de las formas de acumulación premodernas fueran estrictamente ajenas a la misma. Las sequías o las lluvias torrenciales son incontrolables, pero la capacidad de respuesta del sistema depende, entre otras cosas, también de lo estimulante que resulte innovar para aquellos que acumulan, característica propia de la sociedad capitalista. En definitiva, lo que aquí nos interesa es afirmar que las causas de las crisis económicas se encuentran definidas en la propia economía, que no es otra cosa que el movimiento social. Sociedad y economía constituyen, en este sentido, una unidad. Estudiar la sociedad es estudiar la economía, y viceversa. Por lo tanto, si las razones de las crisis son económicas, también son sociales, a pesar de que a primera vista tan solo *parezcan* técnicas. El funcionamiento objetivo del capitalismo, i.e. la ley del valor, es, ante todo, un funcionamiento social.

Esta es la principal diferencia entre el método de la economía burguesa y el marxismo: la capacidad del segundo de captar la interdependencia de todos los elementos de la economía, esto es, de entender la sociedad como totalidad, superando así la forma cosificada y naturalizante que tiene la realidad social de manifestarse (Lúkacs, 1985). Es en este esfuerzo en el que encontramos el camino para comprender la economía capitalista como algo puramente social e histórico y no como una fuerza sobrenatural e incontrolable que nos somete. La crítica de la economía política ha de entenderse

siempre como una herramienta para la revolución y no como una mera descripción técnica del capitalismo, que no sería otra cosa que reproducir la posición del economista burgués que se detiene en las formas económicas y las valida en su expresión inmediata<sup>6</sup>.

Todo marxista que se lance a comprender el despliegue objetivo del capitalismo, esto es, a conocer lo que determina fundamentalmente la vida que llevamos, ha de hacerlo siempre con la pretensión de cambiar la realidad. El objeto de estudio para un marxista no es uno cualquiera. Uno no observa el dominio social o la injusticia como el que atiende a la densidad de tal o cual material, salvo en casos terminales de cinismo. Una de las principales lecciones a destacar del materialismo histórico es, precisamente, que cuando uno estudia la sociedad y descubre cómo se relacionan los sujetos —o, en otras palabras, capta el objeto, el orden social, y su funcionamiento— está, de facto, inmerso en proceso de autoconocimiento. Empero, si decimos que estas relaciones constituyen un orden social es porque no son una serie de articulaciones aleatorias, sino un cúmulo de enlaces cuya lógica responde a la existencia de una relación más general: la relación social capitalista<sup>7</sup>. Esta es la manera en la que podemos captar la sistematicidad de la sociedad, para así comprender que el movimiento social capitalista se expresa de manera objetiva, regido por una lógica discernible, de acuerdo a unas leyes históricas.

Esta parte «técnica» u objetiva de la crítica de la economía política ha suscitado todo tipo de debates en los últimos 150 años. El despliegue la ley del valor es un asunto que mueve pasiones, sobre todo, en esa en ocasiones oscura colectividad a la que conocemos como «economistas marxistas». Desde luego que no es el punto que ahora nos ocupa, pero quien pretenda realizar una aproximación parcial a una doctrina como la marxista —que no es ni económica, ni política, ni filosófica, sino todas a la vez— estará tan perdido como el que intenta conocer una lengua estudiando exclusivamente su parte

6. «En manos de los economistas “la ley de la acumulación capitalista se transforma una ley de la naturaleza”» Bonefeld (2014) citando a Adorno.

7. «*El Capital*» no es un título que haga referencia a lo que cada burgués hace, ni tan siquiera al conjunto de burgueses, sino a la relación social que rige la sociedad burguesa: «el capitalista no es más que el capital personificado, solo funciona en el proceso de producción como exponente del capital» (Marx, K.; *El Capital*, vol. IX, 2016, Akal Ed., Madrid, p. 271). [Nota del editor: a modo de clarificación de las referencias a *El Capital* en este escrito, basadas en la edición de Akal, por la cual cada uno de los 3 tomos de la gran obra está dividida en 3 volúmenes, estos se enumerarán en el mismo del I al IX, de tal forma que del I-III corresponden al Tomo I (*El proceso de producción del capital*), del IV-VI al Tomo II (*El proceso de circulación del capital*) y del VII al IX al Tomo III (*El proceso global de la producción capitalista*)].

léxica, sin duda fundamental pero no suficiente. En cualquier caso, independientemente del grado de compromiso con una comprensión honesta del marxismo de cada uno de ellos, son muchos los teóricos que han abordado los aspectos más técnicos que comentábamos. Hilferding, Luxemburgo, Lenin, Bauer, Bujarin, Grossman, Amin, Tugan-Baranovsky, Rubin, Shaihk, Mandel, Mattick, Heinrich, Kliman...son algunos de los autores que, si no se han dedicado de forma completa a la economía marxista, lo han hecho de manera muy destacada. De entre todas las categorías que han suscitado agitados disputas acerca de su contenido conceptual —dinero, valor, precios de producción...—, la de crisis tal vez sea una de las que goza de más actualidad; no solo por los recientes debates sobre la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia entre Kliman y Harvey, sino por lo popular del término en una época marcada por la misma. No se trata de dotar de mayor o menor relevancia a una u otras discusiones —¿qué ridículo sería decirse marxista y pensar que definir la noción de valor no es un asunto central! Al contrario, al ser la crítica de la economía política un corpus teórico en el que todas las categorías están relacionadas de tal manera que la comprensión de una exige la del resto, ser capaces de definir rigurosamente qué son y cómo se despliegan las crisis, ya presupone una correcta asimilación de conceptos como valor, precio o acumulación. Como decía, nuestros tiempos no son otros que los de la interminable recesión y no es ésta una cuestión menor. Las contradicciones internas del capitalismo son tan insalvables como crecientes. Cada recesión, al ser un momento de reordenamiento y reajuste violento, genera una brecha que la ulterior acumulación difícilmente puede reparar. De ahí la tan extendida y agotadora sensación de no haber salido de la crisis desde el boom financiero-inmobiliario del 2008. Si la idea de crisis define para amplios sectores de la población trabajadora el estado actual de las cosas, es tarea innegociable combatir la ideología burguesa que las muestra como una de las diez plagas de Egipto ante las que no queda sino lamentarse. El escuadrón resignificante podría centrar sus esfuerzos en asuntos provechosos como éste y dejar de

una vez de lado esa obsesión por convencernos a todos de que los pilares vitales de Franco son una oportunidad para construir hegemonía.

En muy resumidas cuentas, las dos posiciones marxistas sobre las crisis económicas se pueden sintetizar de la siguiente manera<sup>8</sup>: realización y valorización. La primera de las posturas encuentra en la contradicción entre producción y consumo, característica de la anárquica maquinaria productiva capitalista, la explicación y causa de las crisis. Debido a que la producción de mercancías no está planificada y los productores acuden al mercado de forma separada y sin ninguna garantía de poder dar salida al output producido, el sistema es incapaz de hacer coincidir lo que se produce y se consume. Es uno de los problemas de que la producción esté regida por la ganancia individual de cada productor y no por las necesidades de la sociedad. Si, además, tenemos en cuenta que cada capital tiende a reducir el salario en favor de la ganancia, esto es, a mitigar el poder adquisitivo de la mayoría de la masa consumidora, la situación de subconsumo queda enteramente explicada. Por lo tanto, las crisis capitalistas serían un asunto de mercado. Esta postura presenta varios problemas. Desde un punto de vista empírico, es complicado explicar una situación particular a través de la constatación de una norma. La sobreproducción es sin duda una realidad incontestable, pero presente durante todo el ciclo, lo que hace complicado destacarla como causa determinante o fundamental de la recesión. También es problemática la reflexión relativa a la demanda. El subconsumismo da cuenta de una «demanda insuficiente» que, desde luego, «existe», pero no como causa del estancamiento. La evolución de la compensación real por empleado<sup>9</sup> indica que los salarios no caen en momentos previos a la recesión. En el mejor de los casos, se ralentiza el crecimiento del conjunto salarial tras el crash. Tampoco el desempleo aumenta de manera significativa en los años que preceden a la contracción. La desproporción entre producción y consumo es constante, aunque se agrava durante la crisis; la depauperización de la clase trabajadora es

8. Cabe aclarar que en ningún caso son dos corrientes a las que cada uno de sus integrantes se adscriba, sino una categorización realizada a posteriori por los defensores de la valorización para reflejar las contradicciones entre los primeros y Marx.

9. Es importante explicar que en los datos recogidos de AMECO se incluyen empleados de alto rango que no suelen sufrir ajustes salariales en las recesiones, como los directivos. No obstante, es prueba suficiente para aclarar el asunto que nos concierne.

10. Para Marx la falta de demanda no es la verdadera expresión de la crisis que «se manifiestan no en la reducción inmediata de la demanda consuntiva, de la demanda para el consumo individual, sino en la reducción del intercambio de capital por capital, del proceso de reproducción del capital» (Marx, K.; *El Capital*, vol. V, *ibid.*, op. cit., p. 95).

11. Recuérdese lo que decía Marx: «Toda ciencia estaría de más si la forma de manifestarse de las cosas y su esencia coincidiesen directamente» (Marx, K.; *El Capital*, vol. VI, *ibid.*, op. cit., p. 269).

12. Los cálculos marginalistas de producción se hacen sobre una función de beneficio mayor que cero, es decir, es un corpus teórico con perspectiva de clase, a pesar de que se revista de esquemas ideales en los que el individuo, como *homo oeconomicus*, es el sujeto social.

13. La conspiración burguesa no es una fórmula demasiado útil para explicar el nacimiento de una corriente de pensamiento que cuenta con autores de distintas regiones del mundo y que nunca estuvieron en contacto.

un fenómeno que sucede generalmente a posteriori. La teoría subconsumista identifica como causas lo que con seguridad son reglas generales —sobreproducción— o consecuencias —demanda insuficiente<sup>10</sup>—.

Esta falta de comprensión es fruto de, si se quiere, un pensamiento poco científico<sup>11</sup>. La revolución marginalista rompió definitivamente con la economía política clásica al renunciar por principio a cualquier unidad entre lo económico y lo social. La elevación de la economía a ciencia natural (physics, economics) respondía, por un lado, y de forma directa, a esa reivindicación hiperracionalista de que la realidad social es perfectamente matematizable. Las derivadas e integrales —además de la disolución de la sociedad de clases como punto de partida del estudio— ayudarían a poder calcular las necesidades consumidoras (demanda) y las posibilidades gananciales (oferta)<sup>12</sup>, en un sistema cerrado de individuos libres e iguales en el que el desequilibrio brillaría por su ausencia. Por otro lado, y de forma menos directa o intencionada<sup>13</sup>, la transformación nominal que hacía desaparecer la palabra «política» de la fórmula anterior, ayudaba a expandir la idea burguesa que quiebra el vínculo entre lo social y lo económico para así constituir dos esferas cosificadas, autónomas, que se explicarían por sí mismas. De esta manera, lo social no sería más que un cúmulo de relaciones inexplicables por una lógica común, arbitrarias, desactivando así cualquier tipo de política; y lo económico un espacio donde el tecnócrata despliega su conocimiento sin prejuicios y ni valores.

Esta delirante visión de la realidad es diametralmente opuesta a la noción de totalidad que comentábamos al comienzo. La idea de totalidad asume que todos los elementos constitutivos de la realidad están vinculados entre sí y sometidos por la lógica mercantil o forma-mercancía. Por lo tanto, vemos, de nuevo, que es en la relación de las partes donde encontramos la verdadera esencia de las mismas. Este es, también, el problema del subconsumismo. Contemplan atónitos cómo una y otra vez el capitalismo termina por producir una

ingente cantidad de valores invendibles y constatan, rápidamente, que éste es, de facto, el problema fundamental del capitalismo, cuando la excesiva sobreproducción es sólo la forma necesaria de manifestarse que tiene el contradictorio proceso de valorización. La esfera de la producción y la de la distribución, como sucede con la social y la económica, son dos cuya separación tan solo puede ser categórica o conceptual. La producción es concreta, discernible, cuantificable; mientras que el mercado es una entidad abstracta que reúne de forma casi mística a los productores del sistema. Parece como si fueran dos instancias independientes, autosuficientes, específicas. Pero esto no es más que una apariencia. Un mercado que ya no se rige por la arbitrariedad como en los tiempos de Aristóteles (Marx, 2016a), sino por el intercambio de equivalentes, solo es posible con el presupuesto de una producción de tipo capitalista, que a su vez solo puede expandirse *necesariamente* gracias a un mercado cuyo intercambio posibilite la apropiación de plusvalía y su ulterior capitalización. Así, afirmar que las contradicciones del capitalismo se despliegan sólo sobre una de sus partes es verdaderamente incompatible con la idea de sistema (en un sentido marxista), así como la creencia de que es una de las dos esferas del proceso de valorización la central para explicar la reproducción social se aleja de Marx<sup>14</sup>.

No es que Luxemburgo y otros pensaran que la producción estaba exenta de contradicciones, lo cual sería tan estúpido como atrevido de afirmar teniendo en cuenta que, al menos la líder espartaquista, dedicó gran parte de su vida a organizar la revolución proletaria. El asunto más bien tiene que ver con que al no dar cuenta de la relación entre todas las categorías de la crítica de la economía política, era imposible comprender correctamente el despliegue de cada una de ellas<sup>15</sup>. Por ejemplo, Luxemburgo afirmó que la producción capitalista necesitaba de espacios sociales no subsumidos por el régimen salarial, para poder dar salida al excedente mercantil que las propias economías capitalistas no eran capaces de asumir<sup>16</sup>. Así, sabiéndolo o no, renunciaba a la tan popular como bri-

14. Si bien, como veremos, la producción de plusvalía es la actividad que fundamenta la acumulación capitalista, ésta depende «tanto del proceso de circulación como del proceso de producción» (Marx, K.; *El Capital*, vol. IX, *ibid.*, op. cit., p. 356).

15. Sabemos de los debates de Luxemburgo con otros sobre los esquemas de reproducción del tomo II de *El Capital*. Para más información se recomienda el capítulo titulado «Los Epígonos» del libro *Teorías de las crisis* (2014) de Paul Mattick.

16. Luxemburgo, R.; *La acumulación del capital*, 1968, Grijalbo, México.

17. Marx, K.; *El Capital*, vol. VII, *ibid.*, op. cit., p. 327.

18. En *Imperialismo: fase superior del capitalismo*, Lenin responde indirectamente a Luxemburgo, con la que mantuvo numerosas disputas fraternales, de la siguiente manera: «Los capitalistas no se reparten el mundo llevados por una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo reparten “según el capital”, “según la fuerza”; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y el capitalismo [...]; el rasgo característico del periodo que nos ocupa es el reparto definitivo del planeta, definitivo no en el sentido de que sea imposible repartirlo de nuevo —al contrario, nuevos repartos son posibles e inevitables—, sino en el de que la política colonial de los países capitalistas ha terminado ya la conquista de todas las tierras no ocupadas que había en nuestro planeta. Por primera vez, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son únicamente nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un “propietario” a otro» (Lenin, V.I.; *Imperialismo: la fase superior del capitalismo*, 2012, Taurus, Madrid, p.101).

19. Marx sobre la unidad entre producción y distribución: «El proceso global de circulación, o el proceso global de la

llante idea de que «el verdadero límite del capital es el capital mismo»<sup>17</sup>, para situar ese mismo límite *fuera* de la acumulación, en este caso en los propios márgenes geográficos del planeta Tierra: una vez todo fuera capital, no podría seguir imperando la lógica de la producción por la producción. Hoy sabemos que nada ha sido así, aunque no era necesaria la espera para constatar el error de la reflexión<sup>18</sup>. Cuando se termina por asumir que los aspectos productivos y distributivos del capitalismo no son partes de un proceso unitario y que la dificultad de la acumulación es la asignación de recursos que realiza el mercado, se está bastante más cerca de la Teoría General de Keynes que de la crítica de la economía política<sup>19</sup>. Cuando Keynes en 1923 dijo aquello de «en el largo plazo estamos todos muertos» —como una reivindicación de las medidas urgentes para evitar la crisis, independientemente del coste que tuvieran tales políticas a largo plazo en el imaginario liberal— no hizo otra cosa que demostrar la incapacidad del pensamiento burgués de captar las tendencias generales del capitalismo y pensar, por tanto, en el largo plazo. Resultado de esta lectura fracasada del sistema, el keynesianismo siempre ha concebido las crisis como desajustes momentáneos y particulares perfectamente corregibles a través de la redistribución. Se aplica una suerte de juicio moral por el cual el capitalismo egoísta debería ser reeducado por el Estado a través de la política fiscal expansiva y mostrar así su cara más amable. Aunque Luxemburgo y otros tuvieran siempre presente que el capitalismo era un engendro a destruir y sepultar en lo más hondo, de su concepción sobre las crisis sólo cabe concluir que el mismo sistema, mediante una reasignación de recursos que ajusta de nuevo la oferta y la demanda, puede salvar sus contradicciones internas, lo cual hace de este orden social una forma de vivir injusta, pero perfectamente eterna, cuestión que no casa nada bien con la tendencia inherente del capitalismo a destruir sus dos fuentes de riqueza: el trabajo y la naturaleza. La relación social que hizo posible una sociabilidad tan generalizada —en definitiva, la posibilidad de una economía en el sentido moderno de la palabra— es la misma que condena a la sociedad a su desaparición.

La postura de la valorización es sustancialmente distinta a la presentada. La premisa central es clara: si el motor de la acumulación es la rentabilidad, las crisis han de ser pensadas como problemas rentables de la inversión. Cuando en distintos textos Marx y Engels afirman que toda expansión capitalista contiene en sí el germen de la crisis, no pretenden otra cosa que situar las razones de la recesión en la lógica interna de la acumulación<sup>20</sup>. Para Marx, el mecanismo de la crisis es necesario en dos sentidos: por un lado, en un sentido filosófico, la crisis es necesaria porque sucede irremediamente; por otro lado, en un sentido técnico, es el momento de ajuste que hace posible que la acumulación detenida se reactive. Marx trató en el tercer tomo de *El Capital* de describir científicamente, entre otras cosas, el contenido de los procesos de recesión. No pudo destapar todas las determinaciones de las crisis hasta la parte final de la obra, ya que, la competencia, el elemento fundamental para explicar la espiral cíclica del capitalismo, no había sido tomado en consideración en toda su complejidad. Es la forma que adopta la relación entre cada uno de los capitales lo que explica su movimiento general, ya que no es sino la competencia la que en definitiva termina por explicar la conformación de la tasa de ganancia media, regla que marca, en una sociedad con libertad de movimiento de capitales, quién produce y quién no<sup>21</sup>. Cuando el mercado se estrecha de tal manera que para un productor ya no resulta rentable la inversión, éste desaparece. La competencia es una cuestión de supervivencia. La innovación técnica y la reorganización empresarial son los dos mecanismos fundamentales para aumentar la productividad —producir más con menos—, siendo el primero notablemente más extensible en el tiempo al depender del progreso tecnológico. La reorganización empresarial como fuente de productividad tiene unos límites muy ajustados. Por lo tanto, diremos que el capital aumenta el peso relativo del capital fijo (tecnológico) de la inversión necesariamente, para así poder aumentar la producción, reducir el coste unitario por mercancía, así como los precios, y ampliar la cuota de mercado al poder vender más cantidad a un precio menor. El problema definitivo reside en que la rela-

reproducción del capital, es la unidad de su fase de producción y de su fase de reproducción, discurriendo por fases a través de ambos procesos. En ello reside una posibilidad ulteriormente desarrollada o una forma abstracta de la crisis. Los economistas que niegan la crisis se atienen, por tanto, únicamente a la unidad de estas dos fases. Si estuvieran separadas sin formar una unidad, no sería, precisamente, posible el establecimiento violento de su unidad, no sería posible la crisis. Si fuesen una única cosa, si no hubiese separación, tampoco sería posible producir una separación violenta, una crisis» (en: Mattick, P.; *Crisis económica y teoría de las crisis. Un ensayo sobre Marx y la ciencia económica*, 2014, Maia, Madrid, p. 39).

20. L«La crisis es el establecimiento violento de la unidad entre instancias independizadas y la independización violenta de instancias que, en esencia, forman una unidad» (ibid., op. cit., p. 31).

21. Se recomienda la lectura de los capítulos VIII, IX y X del tercer libro de *El Capital*.

22. «[...] la demanda de trabajo no avanza con el mismo ritmo que la acumulación del capital. Aumenta, sin duda, pero aumenta en una proporción constantemente decreciente, comparándola con el incremento del capital» (Marx, K.; *Salario, precio y ganancia*, 2018 Science Marxiste. Biblioteca Jovenés, p. 112).

23. Marx, K.; *El Capital*, vol. VII, *ibid.*, op. cit. p. 319.

ción entre rentabilidad y composición orgánica del capital es inversa, es decir, a más capital constante y, por tanto, mayor composición orgánica, menor rentabilidad en largo plazo. El desplazamiento de la fuerza de trabajo del circuito productivo o la mera disminución de su peso por unidad de capital fijo<sup>22</sup> genera que, independientemente del valor absoluto de la ganancia del capitalista, la tasa que mide la rentabilidad sea cada vez más baja, es decir, la proporción entre lo obtenido y lo invertido disminuye. Aumenta más rápido la inversión en capital constante que en variable y eso dificulta enormemente la extracción de plusvalía necesaria para hacer posible la ulterior inversión. Así, lo que en el mercado se manifiesta como un enorme cúmulo de mercancías invendibles no es otra cosa que una escasez de plusvalía en la producción. Cuando la rentabilidad no es suficiente como para proseguir con la capitalización de plusvalía, la acumulación se detiene y llega la crisis. En esto consiste básicamente y de forma muy resumida la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia: el mismo procedimiento que permite a cada capitalista individual mejorar su posición competitiva —el aumento de la productividad—, condena al capital en general a la recesión. Es por eso por lo que afirmamos, junto a Marx y Engels, que el germen de la crisis está en la acumulación misma. Son los mismos elementos que permiten la expansión los que, en definitiva, terminan por desincentivar la inversión, o en palabras de Marx «con la ley de la caída de la tasa de ganancia, el progreso de la capacidad productiva del trabajo implica que al llegar ese progreso a cierto punto se opone de la manera más drástica a sí mismo y ha de ser superado por medio de una crisis»<sup>23</sup>. El capitalismo es, en este sentido, un sistema en crisis.

La palabra tendencia desde luego que no es casual. No es una ley inmediatamente observable porque como Marx notó, existen factores que la contrarrestan y hacen de difícil predicción el recorrido exacto de la caída —además de lo complicado que resulta medir la realidad socioeconómica con las categorías de la economía burguesa—. El factor contrarrestante fundamental es el aumento de la tasa de explotación,

esto es, la proporción de plusvalor extraído en relación con el valor generado por el trabajador, cuestión que en ningún caso se dirime de forma técnica, sino social, como es evidente. La posibilidad de aplicar una reforma laboral que permita aumentar legalmente la tasa de explotación o la propia cultura trabajadora del país —más o menos laxa a la hora de asumir jornadas laborales más largas— son elementos difícilmente incorporables a una tasa o índice. La lucha de clases no se puede ni calcular, ni predecir. Pero lo que sí podemos afirmar es que cada crisis se salda con una mayor concentración de capital y con una tasa de explotación más elevada, que son las dos formas que tienen las contradicciones capital-capital y capital-trabajo de reordenarse tras tensionarse en exceso. Sin este reajuste doble, la crisis es técnicamente insuperable, pues son las dos maneras de desplazar a los valores menos rentables de la producción.

24. Adorno, T., *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*, 1984, Akal Ed., Madrid.

Este mecanismo sanador es un proceso necesario, es decir, emerge del mismo desarrollo capitalista, de sus componentes contradictorios fundamentales, no de la aplicación de tal o cual política —«la sociedad no se mantiene en vida a pesar de su antagonismo, sino gracias a él» —<sup>24</sup>. No hay capacidad de agencia en aquellos que invierten que haga posible evitar o provocar las crisis. En este sentido, el capitalismo es una fuerza que somete no solo al proletariado, lo que es generalmente más inteligible, sino también al capitalista al no ser éste un sujeto capaz de ser dueño de su propio destino<sup>25</sup> -lo cual no quiere decir que ambos sean dos sometimientos cualitativamente iguales o de los que se pudieran deducir conclusiones semejantes. Existe en el proletariado una posibilidad de consciencia por el lugar que ocupa en la sociedad que, sin embargo, no está presente en el caso de la burguesía. En cualquier caso, lo que aquí nos interesa resaltar es que, si la sociedad burguesa y todas sus partes están sucumbidas por la lógica mercantil, que presupone las crisis como condición para su reproducción, no hay posibilidad de evitar la recesión ni por parte de los técnicos, ni del Estado, ni de la clase burguesa, ya que son partes interesadas en el despliegue de la

25. «Ambos, el trabajador y el capitalista, son personificaciones de categorías económicas» Bonefeld, W., *Critical Theory and the Critique of Political Economy. On subversion and negative reason*. Bloomsbury, Londres (2014).

26. «La economía vulgar no hace en realidad más que traducir, sistematizar y defender doctrinalmente las ideas de los agentes de la producción cautivos de las relaciones de producción del régimen burgués. Por eso no debe maravillarnos que la economía vulgar se encuentre perfectamente a gusto precisamente bajo la manifestación extrañada de las relaciones económicas» (Marx, K.; *El Capital*, vol. IX, *ibid.*, op. p. 269).

27. «The Evolutionist Revolt Against Classical Economics: II», en: *England—James Steuart, Richard Jones, Karl Marx, Journal of Political Economy*, Vol. 51, No. 6, p. 520.

lógica misma<sup>26</sup>. La clase trabajadora políticamente organizada es la única capaz de casar sus intereses con la abolición del orden capitalista.

En relación con lo expuesto al comienzo, las crisis económicas son un problema fundamentalmente social, a pesar de que se nos aparezcan como fenómenos técnicos. La recesión muestra sin pudor las contradicciones internas del capitalismo y es, sin duda, un momento en el que la victoria ideológica sobre la burguesía se torna más factible. Pero en ningún caso la mayor miseria, la sensación de una crisis total, ni tan siquiera la percepción de que el final de los días se acerca activa automáticamente esa posibilidad de subjetividad revolucionaria inmanente a la reproducción social capitalista. Solo un proyecto verdaderamente comprometido con la superación de las lógicas centrales de la acumulación capitalista está efectivamente en condiciones de proponer una organización social comunitaria, una producción consciente y organizada, una vida radicalmente libre.

*«ningún sistema económico, no importa en qué medida esté debilitado, se derrumba por sí mismo; ha de ser «derrribado». [...] la llamada «necesidad histórica» no se consume automáticamente, sino que requiere la organización consciente de la clase trabajadora»*

**Henryk Grossman**<sup>27</sup>

*«Solo en comunidad con otros tiene cada individuo los medios para desarrollar sus capacidades en todos los sentidos; solo en comunidad, por tanto, se hace posible la libertad personal»*

**K. Marx & F. Engels, La Ideología Alemana**